

ciencias naturales. En Astronomía abrazó el sistema de Tycho Brahe, y no dejan de apuntarse algunos asomos de curiosidad experimental. También es interesante la disertación que antepuso al tomo segundo contra la filosofía de Descartes. Esta obra del P. Losada fué el último curso filosófico escolástico que nos legó la antigua Compañía de España.

## CAPITULO VIII

### LOS ESTUDIOS LITERARIOS ENTRE LOS JESUÍTAS DE 1705 A 1758

SUMARIO: 1. Concurso de los jesuitas en la fundación de la Academia Española y en la composición del Diccionario de autoridades.—2. Cultivadores de la poesía: Losada, Butrón.—3. El P. Isla y su novela de Fr. Gerundio.—4. Historiadores domésticos: Kino, Lozano, Alcázar, Cienfuegos, Fluvía, Casani.—5. El P. Larramendi y el estudio del vascuence.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: Las obras de los autores que se citan.

1. Al hablar de los jesuitas literatos en el siglo XVIII lo primero que debemos recordar es el concurso que prestaron a la formación de la Real Academia Española y a la composición del Diccionario de Autoridades (1). La Academia de la lengua pudo llamarse en España de iniciativa privada. El 6 de Julio de 1713, D. Juan Manuel Fernández Pacheco, Marqués de Villena, formó la primera junta con los hombres que habían de constituir la célebre corporación. Habíalos escogido e invitado el mismo Marqués. Los siete que aquel día acudieron a su llamamiento fueron: D. Juan Ferreras, cura de San Andrés y bien conocido por su estimable *Historia de España*; D. Gabriel Alvarez de Toledo, Bibliotecario mayor del Rey; D. Andrés González de Barcia, entendido coleccionador de los historiadores de Indias; Fr. Juan Interián de Ayala, Catedrático de Lenguas Sagradas en la Universidad de Salamanca; los PP. Bartolomé Alcázar y José Casani, Maestros ambos del colegio Imperial y jesuitas y D. Antonio Dongo Barnuevo, Bibliotecario del Rey y oficial de la Secretaría de Estado.

Estos siete hombres con el Marqués de Villena suelen ser lla-

(1) Sobre este asunto debe leerse el docto artículo que publicó el P. Antonio Pérez Goyena en la revista *Razón y Fe*, t. 63, p. 456 (Agosto 1922) con el título *Contribución de los jesuitas al Diccionario de autoridades*.

mados los fundadores de la Real Academia Española. Por lo que toca a los dos jesuitas importa saber que el P. Bartolomé Alcázar nació en Murcia el 23 de Agosto de 1648, entró en la Compañía el 18 de Enero de 1664 y casi siempre desempeñó en la religión el oficio de maestro, principalmente de letras humanas y de matemáticas. En el colegio de Madrid fué prefecto de estudios y también gobernó como Rector el colegio de Cuenca (1). Nosotros le conocemos principalmente por su *Cronohistoria de la Compañía de Jesús en la provincia de Toledo*, de la que ya hemos hablado en el tomo primero de esta historia. Empero nos consta que ejerció su ingenio en obras bastante variadas en el campo de la gramática latina, de las matemáticas y de la geografía.

El P. José Casani vió la luz en Madrid el 26 de Marzo de 1673 (2). Educado en nuestro Colegio Imperial, sintió muy pronto vocación a la Compañía y fué admitido con dispensa antes de cumplir los catorce años de su edad. Terminados los estudios con mucho lucimiento, dióse a conocer en la corte por la presteza y flexibilidad de su ingenio y por la abundante y variada erudición que supo adquirir. Fué nombrado Calificador de la Suprema Inquisición y visitador de librerías. Según nos refiere el P. Boussemart, que escribió su carta necrológica, el P. Casani era uno de los jesuitas más visibles de Madrid, a lo cual debió ayudar una cualidad de su ingenio que entonces se estimaba mucho. Era muy diestro en preparar grandes funciones religiosas y tenía especial habilidad para disponer arcos triunfales, inscripciones pomposas, altares lujosos, procesiones bien ordenadas y otros actos fastuosos con que entonces se celebraban los grandes acontecimientos. En 1727 el P. Casani fué el alma de las brillantes solemnidades que se celebraron en la corte por la canonización de San Luis Gonzaga y de San Estanislao de Kostka.

Gracias a su talento flexible y ameno, pudo ejercitar la pluma en muy diversos asuntos. Ya redactaba la prolija serie de biografías que llenaron tres tomos en folio de nuestros *Varones ilustres*, ya publicaba historias breves de San Luis y de San Es-

(1) Estos datos biográficos escritos por el mismo Alcázar los halló el Padre Pérez Goyena en la Biblioteca nacional, *Manuscritos*, n. 9.499. Es un tomo titulado *Bibliotheca Scriptorum Societatis Iesu, qua spectat ad Provinciam Toletanam usque ad annum 1699*.

(2) Las noticias biográficas que siguen las tomamos de la carta necrológica que imprimió el P. Boussemart a la muerte de Casani.

tanislao para fomentar la devoción popular a estos Santos, así escribía tesis de arquitectura y cosmografía, como disertaba sobre la naturaleza, origen y causas de los cometas. Hoy daba a luz escritos apologéticos en favor de la Compañía, mañana trabajaba en el Índice de los libros prohibidos por la Inquisición. A todas horas estaba dispuesto el P. Casani para entrar en lid literaria, principalmente cuando se atravesaba el honor de la Iglesia y de la Compañía. Con esta producción tan fecunda juntaba la correspondencia con sabios extranjeros, quienes acudían a menudo al P. Casani para informarse de las cosas de España.

Tales fueron los dos jesuitas que se contaron entre los fundadores de la Real Academia Española. Empezaron a reunirse los académicos en el domicilio del Marqués de Villena, y en la reunión del 3 de Agosto de 1713, la primera de que se escribieron actas, aparecieron tres nuevos socios que fueron D. Francisco Pizarro, Marqués de San Juan, D. José de Solís Gante y Sarmiento, Marqués de Castelnovo y D. Vincencio Squarzafigo Centurión y Arriola, Señor de la Torre del Pasaje, en la provincia de Guipúzcoa. Desde los principios el pensamiento capital que absorbía toda la atención de los académicos era la composición de un diccionario de nuestra lengua. Merecen copiarse algunas reflexiones que escribe el P. Casani en su historia de la Academia (1).

«Decíase [entre los académicos] ser justo fijar la lengua que (habiendo tenido a la latina por madre y después con la variedad de dominios padecido la corrupción que es notoria) se había pulido y adornado en el transcurso de los tiempos, hasta llegar a su última perfección en el siglo pasado: y no era decente a nosotros, que logrando la fortuna de encontrarla en nuestros días tan perfecta, no eternizásemos en las prensas su memoria, formando un diccionario al ejemplo de las dos celebradísimas academias de París y Florencia. Crecía este deseo al paso que se consideraba era poco aire de nuestra nación estar sin este adorno, cuando de este género de libros, en que se explican las voces de las lenguas nativas, se insinúan sus orígenes y se apropian

(1) Esta *Historia de la Real Academia Española*, que por comisión de los académicos escribió el P. Casani, se halla en el Diccionario de autoridades en dos fragmentos, el primero en el primer tomo, pp. IX-XLI, y contiene la historia hasta la muerte del Marqués de Villena en 1725. El otro fragmento puede verse al principio del tomo VI (sin paginación).

las frases, el autor más antiguo que se reconoce en la república de las letras, fué el español D. Sebastián de Covarrubias, que con novedad publicó este método. Su libro ha merecido la estimación de propios y extranjeros; pero como es fácil al ingenio añadir y limar lo mismo que se halla inventado, los franceses, italianos, ingleses y portugueses han enriquecido sus patrias e idiomas con perfectísimos diccionarios y nosotros hemos vivido con la gloria de ser los primeros y con el sonrojo de no ser los mejores...

Estas consideraciones produjeron la resolución de que lo primero que en la Academia se tratase, fuese ordenar un diccionario abundante de voces, autorizadas con ejemplos de los mejores autores, claro en la explicación, fácil en el uso y que supliese lo que en Covarrubias faltase. Y con efecto, para experimentar las plumas se repartió parte de la letra A en sus primeras combinaciones A B, A C, A D, etc., las cuales se sortearon entre los que se hallaron presentes y cada uno se encargó de la que le tocó para componerla según su método y que se pudiese elegir después el que pareciese más conveniente para salir al público» (1).

Con estos bríos empezaron los académicos a trabajar en el Diccionario de Autoridades. El Rey Felipe V, a ruegos del Marqués de Villena, aprobó el 3 de Octubre de 1714 la fundación de la Academia, disponiendo que constase de veinticuatro académicos y dándole facultad para establecer sus reglas y constituciones. Obtenida la sanción del Rey, los académicos eligieron con votos secretos por su primer Presidente, el que ya lo era por aclamación desde el principio, al fundador Marqués de Villena. El primer Secretario fué D. Vincencio Squarzafigo. Arreglados los estatutos, admitidos nuevos académicos y regularizadas las tareas de la docta corporación, continuóse con ahinco en la obra del Diccionario desde 1714 hasta 1723. Poco sabemos de lo que hizo el P. Alcázar y no pudo ser mucho, porque se hallaba en edad muy avanzada y murió en 1721. Más larga vida logró el P. Casani, y según se vislumbra por ciertas indicaciones de aquellos tiempos, debió ser quizá quien más contribuyó a la formación del Diccionario. El mismo nos dice que para el año 1723 habían escrito D. Adrián Conink la letra E, D. Vincencio Squarzafigo la F, D. Juan de Ferreras la G, D. Fernando de Bustillo la H y

(1) *Ibid.*, p. xi, n. 4.

la L, el P. Casani la I y la J, Fr. Juan Interián de Ayala la K, D. Manuel de Villegas la O. Juntos estos trabajos con las primeras cuatro letras que se habían empezado a escribir en 1713 por los fundadores, se creyó que podía procederse a imprimir el primer tomo. Sin embargo pronto se tropezó con una dificultad no difícil de prever en obras a que contribuyen muchos autores. Oigamos otra vez al P. Casani.

«Al registrar los papeles para ponerlos en limpio y entregarlos al impresor, se halló que siendo muy fácil desde la E en adelante, en las primeras cuatro letras era impracticable, porque compuestas por todos y algunas de sus combinaciones trabajadas por aquellos, que habiendo empezado con fervor, no habían proseguido con el mismo, no estaban en aquel ordenado método que se deseaba. Además que como ninguno (aun el más aplicado) tenía a los principios impresa en la imaginación la regla que había de observar, y estos papeles fueron los primeros que se compusieron, se encontraron tan desiguales, como los pulsos o genios de cada individuo. Pues unos estaban demasíadamente concisos, otros con pesadez difusos; en algunos desabría la multitud de autoridades, y en otros ni una se hallaba. Las correspondencias latinas las tenían pocos y las etimologías estaban olvidadas en muchos» (1).

Como se deja entender, fué necesario refundir todo lo que se había escrito sobre las cuatro primeras letras. No se acobardaron por este contratiempo los académicos. Corrigieron lo mal hecho, ordenaron lo desordenado, completaron lo imperfecto y por fin en Octubre de 1724 empezó la impresión del primer tomo. Una desgracia dolorosa les detuvo un poco en su tarea. Tal fué la muerte del Marqués de Villena, acaecida el 29 de Junio de 1725. No pudo menos de sentirse la falta de aquel hombre que había sido el fundador de la Academia y era siempre el alma de todos los trabajos emprendidos. Fué nombrado para sucederle su hijo D. Mercurio López Pacheco, que ya era académico desde 1714. La impresión del primer tomo se terminó en 1726 y toda la Academia presentó a Felipe V aquel fruto de su trabajo el día 30 de Abril, en el palacio del Buen Retiro. Con la misma aplicación se continuó trabajando hasta que en 1739 dióse por terminada la obra en seis tomos en folio.

(1) *Ibid.*, p. xxxvii, n. 24.

Es de advertir que en los últimos diez años entró a participar en esta gloriosa labor otro Padre jesuita llamado Carlos de la Reguera (1). Había nacido en Toledo el 16 de Abril de 1679. Admitido en la Compañía en el noviciado de Madrid, hizo sus estudios en Murcia. Después de desempeñar otros oficios, fué nombrado prefecto de estudios inferiores del Colegio Imperial en Madrid, y luego Procurador General. Encargado de una Cátedra de matemáticas, acreditóse por su ingenio en las ciencias naturales y habiendo vacado el oficio de cosmógrafo real, fué designado el P. La Reguera para este puesto honorífico. Desde 1729 recibió el título de académico honorario y es muy probable que desde entonces tomase parte en los trabajos lexicográficos de la Academia. Por Enero de 1730 fué elegido supernumerario, y por último en 1731 fué nombrado académico de número. Desde entonces hasta 1742 en que murió, tomó siempre parte activa en todos los trabajos de la Academia» (2).

Nuestro gran bibliógrafo el P. José Eugenio de Uriarte, resume de este modo la participación que tomaron los jesuitas en el Diccionario de Autoridades. «El P. Alcázar extractó las autoridades del libro de Andrés de Laguna sobre Dioscórides; definió las voces de cantería y catalogó los provincialismos de Murcia. El P. Casani escribió de común acuerdo la historia de la Real Academia Española y el discurso proemial sobre las etimologías; cuidó de extractar las autoridades de Santa Teresa de Jesús, de definir las voces de matemáticas y del blasón y de catalogar las de tejedores en seda; también dispuso y arregló solo él, las palabras que empiezan por A I Am, Ay, I, J, Y, y además, en compañía de D. Tomás de Montes y Corral, las que empiezan por Ch, como también las que empiezan por D, juntamente con el P. La Reguera y los Sres. D. Vincencio Squarzafigo y D. Lorenzo Folch de Cardona, por muerte de D. Juan de Villademoros y D. Fernando de Bustillo. El P. La Reguera (nombrado académico honorario a 12 de Junio de 1729, supernumerario a 17 de Enero de 1730 y de número a 20 de Diciembre de 1731), fuera de lo dicho, corrió con las palabras que empiezan por N, Ri,

(1) No se le confunda con el P. Manuel Ignacio de La Reguera, de quien hablamos en el capítulo anterior.

(2) Véase las noticias sobre el P. La Reguera en el artículo antes citado del P. Pérez Goyena (*Razón y Fe*, t. 63, p. 470. Agosto 1922) quien las toma de la carta necrológica escrita por el P. Vázquez.

Ro, Z, como también con las que empiezan por K y no pudo concluir Fr. Juan Ilerián de Ayala; cuidó asimismo de las correspondencias latinas del tomo tercero, y definió por fin las voces de los oficios de cofreros, silletteros, rajadores, aserradores, palilleros y peñeros» (1). Tal fué la participación ciertamente importante que tuvieron los jesuitas en la composición del Diccionario de Autoridades, obra notabilísima para los tiempos en que se hizo, y que ojalá fuese renovada y completada por la actual Academia según los progresos de la moderna lexicografía.

2. Tendiendo ahora la vista sobre el campo de las letras humanas, debemos confesar que si en los estudios sagrados no hace muy buena figura el siglo XVIII, tampoco en los literarios se muestra muy fecundo y ameno. Ciertamente se escribía mucho, así en prosa como en verso; pero casi todo lo escrito solía ser de ínfima calidad. Permitásenos aducir un párrafo interesante del juicioso historiador literario Leopoldo Augusto de Cueto, Marqués de Valmar. Hablando de los principios de aquel siglo, dice: «Se ha repetido que en aquel período habían muerto las letras castellanas. Las letras dignas de este nombre, es verdad, habían muerto. Pero no ha de entenderse por esto que no se cultivaba la literatura en España. Para una *justa poética* celebrada en Murcia el año 1727, en honor de San Luis Gonzaga y San Estanislao de Kostka, escribieron cinco poetisas y más de 150 poetas, entre ellos los célebres cura de Fruime, D. Agustín de Montiano y Luyando, el P. Isla y el Marqués de la Olmeda, vencidos por cierto todos cuatro en el certamen por poetas oscuros, aún peores que ellos. Brotaban como plaga en todas partes versificadores y copleros, cual suele acontecer en las decadencias literarias. No faltaban poetas; lo que faltaba era poesía» (2).

El primero a quien debemos mencionar entre los jesuitas dados a las letras, es el P. Luis de Losada. Aunque no se hayan desvanecido todas las dudas y queden en pie algunas objeciones, nos parece con todo muy probable lo que el P. Uriarte defendió (3), que nuestro ilustre filósofo fué el autor de la célebre sá-

(1) *Catálogo razonado de obras anónimas y seudónimas de autores de la Compañía de Jesús*, t. IV, p. 46.

(2) *Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII*, capítulo 2.

(3) *Razón y Fe*, t. I, p. 316 y 507 (Noviembre y Diciembre 1901). Los dos artículos llevan por título *¿Quién fué D. Hugo Herrera de Jaspedós?*

tira contra los malos escritores, que vió la luz en el *Diario de los Literatos* el año 1741 con la firma de Jorge Pitillas. Todos los críticos convienen en que esta sátira es la mejor que se escribió en nuestra lengua en el siglo XVIII, pero casi todos la atribuyen al literato bastante conocido José Gerardo de Hervás. Hoy debemos restituir esa joya literaria a su legítimo dueño, el P. Luis de Losada.

En otros escritos derramó también su vena satírica este ingenioso autor; pero casi todos salieron a la luz o corrieron manuscritos con nombres fingidos o simplemente anónimos. No sabemos por qué tenía el P. Losada la manía de ocultar su nombre y si hemos de creer a su discípulo el P. Larramendi, sólo por obediencia publicó a nombre propio el curso de filosofía de que hablamos en el capítulo anterior. Verdad es que el género mismo de sus escritos y el estilo acerado de que se servía en sus controversias con frailes y eclesiásticos, convidaba naturalmente a no manifestar demasiado la persona del autor. Por lo demás, casi todo lo que daba a la luz era leído con mucha avidéz por amigos y enemigos, como siempre se leen los escritos agudos e ingeniosos sobre polémicas contemporáneas.

En el mismo *Diario de los Literatos* publicó dos cartas satíricas contra dos malos escritores, encubriéndose con el seudónimo *Hugo Herrera de Jaspedós*. Para defender a la Compañía contra los papelones que salieron contra ella con motivo de la alternativa de las cátedras en Salamanca, imprimió Losada dos papeles: uno en prosa, con el nombre de *Rafael Escudero*, y otro en verso, llamado *Perico y Marica*. Dos cartas interesantes dió a luz con el nombre de *Luis López*, cura de Morilles, acerca de una cuestión hagiográfica defendiendo a los Padres Bolandistas. Otros opúsculos suyos pueden verse catalogados por el P. Uriarte (1), y bien se conoce por ellos que el P. Losada tenía siempre la pluma en ristre para resistir con denuedo a quien tocase a la Compañía de Jesús.

Es interesante el juicio que hizo de este escritor su discípulo, el P. Larramendi, cuando oyó la noticia de su muerte: «Era, dice, mi maestro muy amado; y aún no he podido echar de mí

(1) En el citado *Catálogo razonado*... si se consulta en el tomo V, p. 432 el nombre de *Lossada*, allí se verán anotados todos los números en que se habla de sus producciones anónimas y seudónimas.

el sentimiento que me ha causado su muerte... Fué el P. Losada de un entendimiento capacísimo, donde pudo caber toda la sabiduría de un jesuita insigne, de un juicio grave, maduro, profundo; de un ingenio sólido, sutilísimo; de suma agudeza; de una penetración facilísima y pronta; de una consumada prudencia y consejo acertadísimo; de una inventiva rara y fertilísima; de una erudición exquisita en lo sagrado y profano, antiguo y moderno, burlesco y serio; de gusto muy delicado en el pensar, discurrir, escribir y hablar. En materias graves y serias, ninguno más elevado y majestuoso... Las gracias le prestaron toda su sal y su dulce encantador en cuanto dejó escrito, que es mucho, aunque ocultando las más veces su nombre. Las musas vivieron con él, se entiende muy cristianas, pero bellísimas y rozagantes, como se ve en lo que se halla suyo de este género y lo confiesan los poetas de por acá» (1).

No menos entusiasta que el P. Larramendi se muestra el Padre Jacinto de Yebra. «En el P. Losada, dice, teníamos un filósofo consumado... un teólogo perfecto... un controversista inexpugnable... un abogado sapientísimo... un orador elegante, un poeta excelente, un geógrafo exactísimo; en puntos de historia eclesiástica y profana, el crítico más puntual y juicioso, y en todas líneas, un humanista eruditísimo. Tenía un numen poético tan expresivo y tan flexible a toda variedad de metros, que no es fácil distinguir cuál es lo más primoroso de sus composiciones: si su inventiva en lo cómico, o su armonía en lo lírico, o su sainete en lo jocoso, o su viveza de sentimiento en lo fúnebre, o su elevación en lo heroico» (2). Claro está que estos elogios son exagerados; pero los hemos querido trasladar, porque juzgamos que nuestros lectores gozarán observando la efusión de cariño hacia su venerado maestro que respiran estos párrafos de los PP. Yebra y Larramendi, y sacarán en conclusión la gran variedad de recursos que en sí contenía el ingenio flexible y al mismo tiempo festivo del P. Luis de Losada.

Otro poeta de genio muy distinto se dió a conocer en el primer tercio del siglo XVIII. El P. José Antonio Butrón, nacido en Calatayud en 1657, vivió hasta 1734, y manifestó en sus últimos

(1) Fita, *Galería de jesuitas ilustres*, p. 253.

(2) *Breve noticia de la Vida, prendas y virtudes del P. Luis de Lossada*, p. 8.